

## PRELUDIO

HOY, 10.52 H, PARÍS

**K**ate?

Kate está mirando un escaparate lleno de almohadones, manteles y cortinas, todo ello en tonos tostados, chocolates y verdes musgo, la paleta de colores que ha reemplazado a los tonos pastel de la semana pasada. La estación ha cambiado, tal cual.

Aparta la vista del escaparate y se vuelve hacia la mujer que está de pie junto a ella, en el estrecho tramo de acera de la Rue Jacob. ¿Quién será?

—¡Madre mía, Kate! ¿Eres tú?

La voz le resulta familiar. Pero la voz no basta.

Kate ha olvidado lo que estaba buscando sin demasiado entusiasmo. Algo de tela. ¿Cortinas para el cuarto de baño de invitados? Alguna frivolidad.

Se ajusta el cinturón de la gabardina en un gesto de autoprotección. Ha llovido a primera hora de la mañana, mientras llevaba a sus hijos al colegio, y la humedad sube lentamente desde el Sena como una serpiente mientras los tacones de sus botas de piel resuenan contra el empedrado. Todavía lleva el impermeable y un ejemplar doblado del *Herald Tribune* asoma de su bolsillo; terminó el crucigrama en el café situado junto al colegio donde desayuna casi todas las mañanas con otras madres expatriadas.

Esta mujer no es una de ellas.

Esta mujer lleva unas gafas de sol que le cubren la mitad de la frente y parte de las mejillas, así como toda la zona de los ojos; imposible identificar con seguridad quién hay debajo de todo ese plástico con anagramas dorados. Lleva el pelo corto castaño muy tirante y pegado a la cabeza, sujeto con una cinta de seda. Es alta y tiene buen tipo, aunque con pecho y caderas redondeados; voluptuosa. La piel le brilla con un bronceado saludable y de aspecto natural, como si pasara mucho tiempo al aire libre, jugando al tenis o cuidando del jardín. Nada de esos morenos quemados que tanto parecen gustar a las mujeres francesas, generados por radiaciones ultravioletas de lámparas fluorescentes en camillas con forma de ataúd.

La ropa que viste esta mujer, aunque no son pantalones y chaqueta de montar, recuerda a la hípica. Kate reconoce la chaqueta de cuadros, la ha visto en el escaparate de una tienda cercana escandalosamente cara, una tienda nueva que ha sustituido a una librería muy popular,

un cambio que, al decir de los vecinos, anuncia el final del Faubourg Saint Germain que conocían y amaban. Pero la popularidad de la librería era, en gran medida, abstracta, y el local estaba siempre vacío, mientras que la nueva tienda suele estar atestada, no solo de amas de casa tejanas, hombres de negocios japoneses y mafiosos rusos que pagan en metálico —en fajos pulcros y crujientes de dinero recién blanqueado— camisas, fulares y bolsos por docenas, también por los adinerados habitantes del barrio. Aquí no hay pobres.

¿Y esta mujer? Está sonriendo, la boca dibujando una hilera perfecta de dientes blancos y brillantes. Una sonrisa que le resulta conocida y una voz que también, pero Kate todavía necesita verle los ojos para confirmar sus peores sospechas.

Hay coches nuevos fabricados en el sureste asiático que cuestan menos que la chaqueta de cuadros de esta mujer. Kate va bien vestida, con ese estilo discreto que prefieren las mujeres como ella, pero esta mujer se guía por unos principios del todo distintos.

Esta mujer es americana, pero no tiene acento de ningún estado. Podría ser de cualquier parte. Podría ser cualquiera.

—Soy yo —dice, quitándose por fin las gafas de sol.

Kate da instintivamente un paso atrás y casi tropieza con la piedra gris manchada de hollín del friso de la pared del edificio. Las hebillas de su bolso chocan de forma alarmante contra el cristal del escaparate.

Tiene la boca abierta de par en par.

Su primer pensamiento es para los niños y enseguida se alarma. La esencia de la maternidad: alarmarse por si estarán bien, siempre. Esta era la única parte del plan que Dexter nunca había tenido en cuenta, el terror irracional —la ansiedad imposible de dominar— en todo lo referido a los niños.

Esta mujer se estaba ocultando detrás de sus gafas de sol y se ha cambiado el color y el corte del pelo; además tiene la piel más bronceada que antes y ha engordado cinco kilos. Parece distinta, pero aun así Kate no entiende cómo no la ha reconocido de entrada, desde que pronunció la primera sílaba. Sabe que es porque no quería hacerlo.

—¡Madre mía! — consigue balbucear.

Empieza a pensar a toda velocidad y se ve corriendo calle abajo y cruzando la esquina, escondiéndose detrás de la puerta roja y pesada y el siempre frío corredor, bajo los soportales que rodean el patio y, de ahí, al vestíbulo con suelo de mármol, para subir en el ascensor *art déco* hasta el alegre rellano de paredes amarillas con el dibujo del siglo XVIII con marco dorado.

Esta mujer está abriendo los brazos, una invitación a que Kate la abrace al estilo americano.

Correr hasta el extremo del pasillo, a la oficina con paredes forradas de madera y vistas a las azoteas de París y a la torre Eiffel. Después, usar la recargada llave de bronce para abrir el cajón inferior del escritorio antiguo.

¿Y por qué no abrazarla? Son viejas amigas. Más o menos. Si alguien las estuviera mirando, quizá encontra-

ra sospechoso que no se abrazaran. O tal vez lo que resultaría sospechoso es que lo hicieran.

No ha tardado mucho en darse cuenta de que hay gente mirando. Que siempre la ha habido, todo el tiempo. Hace solo unos pocos meses, Kate se había dado el lujo de pensar que, por primera vez, vivía sin ser vigilada.

Dentro del cajón del escritorio, en la caja de acero de doble cerradura.

—Qué sorpresa —dice Kate, y solo miente a medias.

Después, dentro de la caja, los cuatro pasaportes con identidades falsas para toda la familia. Y el grueso fajo de billetes doblado y sujeto con una goma elástica, una mezcla de billetes de euro de alta denominación, libras británicas y dólares estadounidenses, todos limpios y nuevos, su variante particular del blanqueo de capitales.

—Qué alegría verte.

Y, envuelta en un paño de gamuza azul claro, la Beretta del 92 que le compró a aquel chulo en Ámsterdam.

## PARTE I

# 1

Dos años antes, Washington DC

Luxemburgo?

—Sí.

—Luxemburgo.

—Eso he dicho.

Katherine no sabía cómo reaccionar a esto, así que decidió irse por las ramas y hacerse la ignorante.

—¿Dónde está Luxemburgo?

Según formulaba esta pregunta hipócrita, ya se estaba arrepintiendo.

—En el oeste de Europa.

—Ya, pero... ¿está en Alemania?

Apartó la vista de Dexter, de la vergüenza que sentía por el embrollo en que se estaba metiendo ella sola.

—¿O en Suiza?

Dexter la miró con cara deliberadamente inexpresiva; era evidente que se estaba esforzando —y mucho— para no decir alguna inconveniencia.

—Es un país —dijo—. Un gran ducado —añadió como sin darle importancia.

—¿Un gran ducado?

Dexter asintió.

—Me estás tomando el pelo.

—Es el único gran ducado que hay en el mundo.

Katherine no dijo nada.

—Limita con Francia, Bélgica y Alemania —continuó Dexter sin que Katherine se lo hubiera preguntado—. Está rodeado por esos tres países.

—No —dijo Katherine negando con la cabeza—, ese país no existe. Estás hablando de..., no sé. Alsacia. O Lorena. De Alsacia-Lorena.

—Esos sitios están en Francia. Luxemburgo es..., esto..., una nación independiente.

—¿Y por qué es un gran ducado?

—Porque lo gobierna un gran duque.

Katherine dirigió de nuevo su atención a la tabla de cortar, a la cebolla en trozos pequeños sobre la encimera que amenazaba con desprenderse del todo de los armarios combados sobre los que reposaba, como si una fuerza primitiva tirara de ella —el agua, la gravedad o ambas cosas—, lo cual hacía que la cocina pasara de ofrecer un estado aceptablemente destartado a uno intolerablemente cutre, antihigiénico y directamente peligroso, lo que los obligaría a una renovación completa que, incluso renunciando a todos los detalles lujo-

sos prescindibles y a cualquier capricho estético, no costaría menos de cuarenta mil dólares, que no tenían.

Como medida temporal, Dexter había asegurado con abrazaderas las esquinas de la encimera para evitar que se despegaran del armario que la sostenía. Eso había sido dos meses atrás y desde entonces este burdo apaño había llevado a Katherine a romper en pedazos una copa de vino y, una semana más tarde, mientras cortaba un mango, a golpearse la mano contra una de las abrazaderas, provocando que el cuchillo se deslizara y la hoja se clavara silenciosamente en la parte carnosa de su palma izquierda, bañando de sangre el mango y la tabla de cortar. Se había quedado frente a la pila presionándose el corte con un paño de cocina mientras la sangre goteaba sobre una raída alfombrilla del suelo e iba empapando las fibras de algodón, trazando el mismo dibujo que aquel día en el Waldorf, cuando debió haber apartado la vista pero no lo hizo.

—¿Y qué es un gran duque? —preguntó mientras se secaba las lágrimas provocadas por la cebolla.

—El tipo que está a cargo del gran ducado.

—Te lo estás inventando.

—De eso nada. —Dexter esbozaba una sonrisa leve, como si de verdad le estuviera tomando el pelo. Pero no, era una sonrisa demasiado leve para eso; era la sonrisa con la que Dexter hacía ver que te estaba tomando el pelo aunque en realidad hablaba completamente en serio. El truco de la falsa sonrisa.

—Vale —dijo—. Te seguiré el rollo. ¿Y por qué nos íbamos a mudar a Luxemburgo?

—Para ganar un montón de dinero y viajar por toda Europa. —Y ahí estaba, la sonrisa amplia, la de verdad—. Lo que siempre hemos soñado. —Era la mirada franca de un hombre que no tenía secretos y que no admitía la posibilidad de que otros los tuvieran. Eso era lo que valoraba de él por encima de todo.

—¿Vas a ganar mucho dinero? ¿En Luxemburgo?

—Sí.

—¿Cómo?

—Andan escasos de hombres atractivos. Así que me van a pagar una pasta por ser tan increíblemente guapo y tan asombrosamente sexi.

Aquella era su broma privada, llevaba siéndolo una década. Dexter no era ni demasiado atractivo ni especialmente sexi. Era el clásico loco de los ordenadores, desgarbado y de maneras torpes. En realidad no era feo; tenía unas facciones ordinarias, una amalgama anodina de cabello rubio rojizo, barbilla puntiaguda, mejillas sonrosadas y ojos castaños. Con un buen corte de pelo, unas clases de cómo comportarse en público y quizá algo de psicoterapia, podría ser hasta guapo. Pero lo que emanaba era honestidad e inteligencia, no presencia física o sensualidad.

Eso fue lo que le atrajo de él a Katherine en un primer momento: un hombre que carecía por completo de cinismo; de malicia, de doblez, nunca sofisticado, siempre espontáneo. Dexter era una persona directa, a la que se veía venir, de la que podía depender y, encima, agradable. Los hombres con quienes trataba en su trabajo eran siempre manipuladores, despiadados y egoístas. Dexter era lo con-

trario de todo ello. Un hombre constante, nada pretencioso, siempre sincero y no demasiado atractivo.

Dexter se había resignado hacía tiempo a su físico anodino y a su falta de sofisticación. Así que fomentaba su *look* de intelectual despistado a la manera tradicional: gafas con montura de pasta, ropas desaliñadas, arrugadas y con aspecto de haber sido escogidas al azar, pelo enmarañado. Y le gustaba bromear sobre su aspecto.

—Me dedicaré a desfilar por lugares públicos, luciéndome —siguió diciendo—. Después, si me canso, tal vez me siente y me quede ahí, simplemente siendo guapo, ¿sabes?. —Se rio de su propio chiste—. Luxemburgo es la capital mundial de la banca privada.

—¿Y?

—Pues que me acaban de ofrecer un contrato de lo más jugoso en uno de esos bancos privados.

—¿Cómo de jugoso?

—Trescientos mil euros al año. Casi medio millón de dólares, al cambio de hoy. Más gastos. Más primas. La suma final podría ser tres cuartos de millón de dólares.

Desde luego era mucho dinero. Más de lo que había imaginado que Dexter fuera capaz de ganar. Aunque había trabajado en Internet casi desde sus inicios, nunca había tenido el ímpetu o la visión de futuro necesarios para hacerse rico. La mayor parte del tiempo había permanecido a un lado, mientras sus amigos y colegas recaudaban capital y asumían riesgos, se arruinaban o salían a bolsa y terminaban comprándose un avión privado. Pero Dexter no.

—Y más adelante, ¿quién sabe? Además —Dexter extendió las manos como para telegrafiar con ellas la frase final— ni siquiera tendré que trabajar mucho.

En otro tiempo ambos habían sido muy ambiciosos. Pero después de diez años juntos y cinco de ellos con hijos, solo Dexter conservaba un mínimo de ambición. Y en su mayor parte consistía en poder trabajar menos.

O al menos eso era lo que Katherine pensaba. Ahora, al parecer, quería hacerse rico. En Europa.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

—Conozco la envergadura de la operación, su complejidad, la clase de transacciones que implica. Sus necesidades de seguridad no resultan tan complicadas como con las que trabajo ahora. Además, son europeos, y todo el mundo sabe que los europeos no trabajan demasiado.

Dexter no era rico, pero tenía un buen sueldo, y Katherine también había ido ascendiendo en el escalafón de salarios; entre los dos habían ganado un cuarto de millón de dólares el año anterior. Pero entre la hipoteca, las interminables y cada vez de mayor envergadura reparaciones que precisaba su pequeña y vieja casa situada en las supestamente revalorizadas estribaciones del rejuvenecido barrio de Columbia Heights y el colegio privado —Washington D. C. no es lugar para llevar a tus hijos a un colegio público— y los dos coches, siempre estaban sin blanca. Grilletes de oro era lo que tenían. No, de oro no. De bronce como mucho; tal vez incluso de aluminio. Y aquella cocina que se caía a pedazos.

—Así que estaremos forrados —dijo Katherine—. Y viajaremos mucho. ¿Y tú vendrás conmigo y con los niños? ¿O estarás siempre fuera?

Durante los últimos dos meses Dexter había viajado más de lo normal y casi no había estado presente en la vida familiar. Así que, en aquel momento, lo de los viajes era un tema delicado. Acababa de regresar de pasar unos días en España, un viaje de última hora que había obligado a Katherine a anular planes con amigos, que eran tan pocos y ocurrían tan de tanto en tanto que no eran algo a lo que renunciar tan así como así. Katherine no tenía demasiada vida social, ni tampoco muchos amigos. Pero poco era mejor que nada.

En otro tiempo el problema habían sido los viajes de trabajo de Katherine. Pero después de que naciera Jake, había dejado de viajar casi del todo y había ido reduciendo su horario laboral. A pesar de ello, incluso con este nuevo régimen de vida, rara vez lograba llegar a casa antes de las siete de la tarde. La realidad es que solo pasaba tiempo con sus hijos los fines de semana, y además intercalado con hacer la compra, limpiar la casa, llevar a los niños a clases de deporte y todo lo demás.

—No mucho —dijo Dexter, y a Kate no se le escapó el tono evasivo.

—¿Adónde irás?

—A Londres, a Zúrich. A los Balcanes tal vez. Una vez al mes, probablemente. Igual dos.

—¿A los Balcanes?

—Sarajevo quizá. Belgrado.

Katherine sabía que Serbia era uno de los últimos lugares que Dexter tenía ganas de visitar.

—El banco tiene negocios allí —dijo encogiéndose un poco de hombros—. Pero, vamos, que los viajes no serán la parte más importante del trabajo. En cambio, vivir en Europa sí.

—¿Te gusta Luxemburgo? —preguntó Kate.

—Solo he estado un par de veces, no es que me haga mucha idea de cómo es.

—Pero ¿te haces alguna? Porque evidentemente yo podía haber confundido hasta el continente en el que está.

Una vez Katherine había empezado una mentira tenía que seguirla hasta el final. Ese era el secreto de las mentiras: no tratar de encubrirlas. Y siempre le había resultado inquietantemente fácil mentirle a su marido.

—Sé que es un país rico —dijo Dexter—. Tiene el PIB per cápita más alto del mundo desde hace varios años.

—Eso no puede ser —dijo Katherine, aunque sabía que sí podía ser—. El país más rico tiene que ser uno de los productores de petróleo. Los Emiratos Árabes, a lo mejor. O Qatar, o Kuwait. No un sitio que, hasta hace cinco minutos, yo creía que era un estado de Alemania.

Dexter no dijo nada.

—Vale. ¿Y qué más?

—Bueno, pues... es pequeño.

—¿Cómo de pequeño?

—Una población total de medio millón de habitantes. Tiene el tamaño de Rhode Island, más o menos. Aun-

que me parece que Rhode Island es más grande. Un poquito.

—¿Y la capital? Porque tendrá una capital, ¿no?

—Hay una capital que también se llama Luxemburgo, donde viven ochenta mil personas.

—¿Ochenta mil? Eso no es una ciudad. Eso es..., no sé..., un campus universitario.

—Pero un campus muy bonito. Y en pleno centro de Europa. Y donde me van a pagar un montón de dinero. Así que no es un campus universitario tipo Armherst. Y además tú no tendrás que trabajar.

Katherine dejó de picar carne al escuchar la parte que llevaba esperando oír desde hacía diez minutos, en cuanto Dexter le había preguntado qué le parecería irse a vivir a Luxemburgo. Eso quería decir que tendría que dejar su trabajo, para siempre. Al darse cuenta de ello, lo primero que sintió fue alivio, alivio por aquella solución inesperada a un problema inabordable. Tendría que dejar el trabajo. No por decisión suya, sino porque no tenía elección.

Jamás le había reconocido a su marido —en realidad tampoco se lo había reconocido a sí misma— que quería dejar su trabajo. Y ahora tendría que admitirlo.

—Entonces, ¿qué haría? —preguntó—. En Luxemburgo, que, por cierto, aún no estoy segura de que no sea un lugar inventado.

Dexter sonrió.

—Tendrás que reconocer —dijo Katherine— que sueña a milonga.

—Te dedicarás a no hacer nada.

— En serio.

— Estoy hablando en serio. Puedes dar clases de tenis. Planear nuestros viajes. Decorar la casa, estudiar idiomas, escribir un blog.

— ¿Y cuando me aburra?

— ¿Si te aburres? Pues te buscas un trabajo.

— ¿De qué?

— Washington no es el único sitio donde se escriben informes de situación institucionales.

Katherine volvió los ojos a la cebolla picada y siguió picando, en un esfuerzo por ignorar el tema que acababa de colarse de rondón en la conversación.

— En eso tienes razón.

— De hecho —continuó Dexter—, Luxemburgo es una de las tres capitales de la Unión Europea, junto con Bruselas y Estrasburgo. — Ahora se había convertido en un publicista del dichoso lugar—. Así que imagino que habrá un montón de ONG deseosas de contar con una estadounidense de gran experiencia en su nómina de empleados bien remunerados. — También parecía el representante de una agencia de empleo. De esos que llevan la raya del pantalón caqui perfectamente planchada y mocasines de hebillas relucientes.

— ¿Y para cuándo sería? — Katherine apartó de su cabeza toda duda, todo pensamiento sobre sus perspectivas, su futuro. Escondiéndose.

— Bueno... — Dexter suspiró demasiado fuerte, era un mal actor que sobreestimaba sus capacidades—. Esa es la parte mala.

No siguió hablando. Era uno de sus hábitos más molestos, obligarla a preguntarle las cosas en lugar de decirle lo que sabía que quería oír.

—¿Y bien?

—Lo antes posible —admitió como si estuviera bajo coacción, preparándose para las críticas, para la avalancha de huevos podridos.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que tendríamos que marcharnos a finales de mes. Y lo más seguro es que yo tenga que ir antes una o dos veces solo. El lunes, por ejemplo.

Katherine estaba boquiabierta. Aquel cambio no solo era inesperado, es que además era inminente. Empezó a procesar información a gran velocidad, tratando de imaginar cómo podría dejar el trabajo tan pronto. Sería difícil y despertaría sospechas.

—Ya lo sé —dijo Dexter—. Es todo muy precipitado. Pero tanto dinero implica algún sacrificio. Y este sacrificio no me parece demasiado grande. Solo mudarnos a Europa cuanto antes. Y mira. —Metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y desdobló lo que parecía ser un documento legal, alisándolo sobre la encimera. Parecía una hoja de cálculo y en la parte superior decía: «Presupuesto Luxemburgo».

»Además, el momento no podía ser mejor —continuó Dexter como a la defensiva, pero sin explicar por qué corría todo tanta prisa. Katherine no lo sabría hasta mucho, muchísimo tiempo después—. Porque son las vacaciones de verano, así que podríamos estar en Luxembur-

go a tiempo de que los niños empiecen el curso en un nuevo colegio.

—¿Y qué colegio sería ese?

—Un colegio inglés privado. —Dexter tenía respuestas preparadas para todo. Madre mía, si hasta había hecho una hoja de cálculo. Qué romántico—. Pagado por el banco.

—¿Es un buen colegio?

—Yo diría que la capital mundial de la banca con la renta per cápita más alta del planeta tendrá un buen colegio. O incluso dos.

—No hace falta que te pongas estupendo. Solo estoy preguntándote por pequeños detalles. La educación de nuestros hijos, dónde viviríamos. Ya sabes, cosillas sin importancia.

—Perdóname.

Katherine dejó que Dexter padeciera su enfado unos segundos antes de volver al ataque:

—¿Y cuánto tiempo estaríamos en Luxemburgo?

—El contrato sería por un año. Renovable por otro más, con aumento de sueldo.

Katherine miró la hoja de cálculo y buscó el balance final, unos ahorros netos de casi doscientos mil al año. ¿Dólares o euros? Daba igual.

—¿Y después, qué? —preguntó, animada por la cifra. Hacía tiempo que se había reconciliado con la idea de ser pobre. Para siempre. Pero ahora todo apuntaba a que ese «para siempre» tenía, después de todo, un final.

—Quién sabe.

—Vaya porquería de respuesta.

Dexter rodeó la estropeada encimera de la cocina y la abrazó desde detrás, cambiando así por completo el tono de la conversación.

—Por fin ha llegado nuestra oportunidad, Kat —dijo, y ella notó su aliento cálido en la piel—. No es como la habíamos imaginado, pero está aquí.

De hecho, era exactamente lo que habían estado soñando: empezar una nueva vida en el extranjero. Ambos tenían la sensación de haberse perdido experiencias importantes, impedidos por circunstancias que eran incompatibles con la despreocupación propia de la juventud. Ahora, cuando se acercaban a la cuarentena, seguían soñando con lo que se habían perdido; todavía pensaban que era posible. O, al menos, no estaban dispuestos a aceptar que fuera imposible.

—Podemos hacerlo —dijo Dexter susurrándole al cuello.

Katherine apoyó el cuchillo en la tabla. Adiós a las armas. No sería la primera ni la última vez.

Esa noche, con una copa de vino, hablaron de ello con mayor seriedad. Al menos, con toda de la que eran capaces a esas horas y algo ebrios. Decidieron que, aunque no sabían si instalarse en otro país les resultaría difícil, desde luego dejar Washington sería de lo más fácil.

—Pero ¿Luxemburgo? —preguntó Katherine. Las tierras extranjeras que había imaginado eran lugares como Provenza o Umbría, Londres o París. Tal vez Praga, Budapest. Estambul incluso. Sitios románticos a los que siempre habían querido ir..., ellos y todo el mundo. Pero Luxem-

burgo no estaba en la lista; de hecho no debía de estar en ninguna lista. Nadie sueña con irse a vivir a Luxemburgo.

—¿Sabes por lo menos —preguntó— qué idioma hablan en Luxemburgo?

—Se llama luxemburgués. Es un dialecto del alemán, mezclado con francés.

—No puede ser.

Dexter la besó en el cuello.

—Pues es. Aunque también hablan alemán normal, además de francés e inglés. Es un sitio muy internacional, así que no vamos a tener que aprender luxemburgués.

—Lo mío es el español. He estudiado un año de francés, pero el español lo hablo.

—No te preocupes. El idioma no va a ser un problema.

La besó de nuevo acariciándole el vientre hasta llegar a la cintura de la falda, que empezó a levantar recogiendo puñados de tela con la mano. Los niños estaban en casa de unos amigos.

—Tú confía en mí.